

ya de antemano por la justicia con que se había expresado en el Senado acerca de las cuestiones pendientes con la República.»

El día 6 de enero habían llegado á Veracruz las fuerzas inglesas, consistentes únicamente en ochocientos soldados de marina á las órdenes del comodoro Dunlop, y casi al mismo tiempo las francesas, que ascendían á dos mil quinientos hombres al mando del almirante Jurién de la Gravière, á quien el emperador había investido de plenos poderes políticos y militares. Habiéndose retirado de la capital M. Dubois de Saligny, representante de Francia, y M. Carlos Wyke, que lo era de Inglaterra, encontráronse reunidos en Veracruz los jefes militares y políticos de la expedición, á saber: por España, el general Prim; por Francia, el vicealmirante Jurién y M. de Saligny, y por Inglaterra, el comodoro Dunlop y sir Carlos Wyke.

Lo primero que hicieron estos representantes fué dirigir al pueblo mejicano una proclama cuyo tono era á la vez conminatorio y amistoso. Empezaba por un acta de acusación contra los varios gobiernos que se habían sucedido en Méjico y que por su mala fe habían hecho necesaria la intervención, la cual en realidad no lo era, pues si las tropas europeas habían ocupado á Veracruz, no las guiaban ideas belicosas, sino más bien el propósito «de tender una mano amiga al pueblo á quien la Providencia prodigó todos sus dones, y á quien se ve con dolor ir gastando sus fuerzas y extinguiendo su vitalidad al impulso violento de guerras civiles y de perpetuas convulsiones.»

«Esta es la verdad, se añadía en dicha proclama, y los encargados de exponerla no lo hacemos en son de guerra ni amenaza, sino para que labréis vuestra ventura, que á todos nos interesa. A vosotros, exclusivamente á vosotros, os toca constituíros de una manera sólida y permanente; vuestra obra será la obra de regeneración que todos acatarán, porque habrán contribuído á ella, con sus opiniones los unos, los otros con su ilustración, con su conciencia todos en general. El mal es grave, el remedio urgente; ahora ó nunca podéis hacer vuestra felicidad.»

Esta proclama no satisfizo á nadie, ni á la nación, ni al partido conservador ni á los mismos aliados; así fué que no produjo el efecto que se habían propuesto sus firmantes.

Los europeos, y muy especialmente los franceses, creían que en Méjico existía un gran partido de orden que no esperaba para levantarse más que la llegada de las tropas extranjeras. En Francia sobre todo reinaba esta convicción, tanto por los informes exagerados de M. Dubois de Saligny cuanto por las afirmaciones de los emigrados, los cuales aseguraban que tan luego como llegaran á su país las tropas francesas se agruparían á su alrededor todos los mejicanos de alguna posición. Pero pasaron muchos días sin que ningún personaje de nota se presentara, y esta fué la primera decepción sufrida por los franceses. Cierta era que Márquez, á la cabeza de algunos centenares de hombres, seguía desconociendo la autoridad del presidente Juárez; pero, como decía Prim, su

actitud no era la de un enemigo que ataca, sino la de un proscrito que se oculta en los montes, y era probable que muy pronto tendría que someterse ó abandonar el país.

La segunda decepción fué el resultado de la reunión que el día 13 tuvieron dichos representantes á fin de ponerse de acuerdo sobre las reclamaciones concretas que en forma de ultimátum debían dirigir colectivamente al gobierno de Juárez. Los ingleses reclamaban la puntual ejecución de los tratados precedentes, el reembolso de las sumas que Miramón había sustraído, ya en las conductas de dinero, ya en la legación británica, y por fin el pago inmediato de los créditos ya reconocidos, así como el de los que se reconocieran ulteriormente y que debían abonarse lo más pronto posible. Los españoles formulaban demandas parecidas, y además una satisfacción por la expulsión de su embajador Pacheco. Cuando les llegó el turno á los franceses, reclamaron doce millones de pesos por la indemnización debida al banquero Jecker, y M. de Saligny manifestó en seguida exigencias de tal carácter que sir Wyke, apoyado por el general, protestó con la mayor vehemencia contra ellas. Y se comprende; Jecker sólo había entregado á Miramón setecientos cincuenta mil pesos en metálico, y hacía subir su reclamación á catorce millones. Después de alguna discordancia de pareceres se firmó un ultimátum que debían entregar á Juárez en Méjico el brigadier español Miláns del Bosch, el capitán de marina inglés Tatham y el jefe de Estado mayor Thomasset, para los cuales se pidió un salvoconducto.

Pero mientras tanto las condiciones insalubres de la costa de Veracruz habían hecho sentir sus perniciosos efectos en las tropas expedicionarias. A causa de los calores del día y de las humedades de la noche á que estaban más expuestos los soldados acampados fuera de la plaza, en poco tiempo llegó á cuatrocientos el número de enfermos españoles. El almirante Jurién llevó sus tropas á la Tejería y Prim las suyas á Medellín, creyendo que se evitaría el peligro desde el momento en que la gente no estuviera tan aglomerada, pero sucedió lo contrario y el número de bajas en el contingente español duplicó. No era aún la fiebre amarilla la que causaba tantos enfermos, pues esta epidemia tardaría lo menos dos meses en aparecer, sino unas fiebres intermitentes, siendo el número de defunciones bastante corto relativamente al de los atacados; en los ingleses y franceses predominó la disenteria y sufrieron comparativamente más bajas efectivas. Entonces se resolvió enviar los enfermos á la Habana y movilizar al ejército para que acampase en la zona templada.

Mas para lo segundo era menester ó romper las hostilidades, atravesando á viva fuerza las líneas juaristas situadas cerca de Veracruz, ó pedir autorización al gobierno central. En el deseo de aplazar, particularmente por parte del general Prim, todo cuanto hubiera podido parecer hostilidad, optóse por alcanzar dicha autorización, y al partir los comisionados portadores del ultimátum colectivo, se les dió también el encargo de que exploraran el ánimo del gobierno mejicano sobre la necesidad de facilitar á los aliados campamentos salubres,

donde aguardarían el arreglo de las indemnizaciones y la reorganización del país.

Era entonces ministro de Negocios extranjeros de la República D. Manuel Doblado, hombre de gran ingenio y perspicacia, quien recibió afablemente á los comisionados, los agasajó, y trató con ellos con gran benevolencia del asunto que á la capital los llevaba; pero el resultado de las conferencias celebradas fué decirles que los representantes de las potencias, acompañados de una guardia de honor de dos mil hombres, pasasen á Orizaba, adonde acudirían comisionados del gobierno mejicano debidamente autorizados para que con toda calma discutiesen y concluyesen los convenios que asegurasen á las potencias aliadas la satisfacción de sus reclamaciones, y como consecuencia de esto tendría que efectuarse el reembarco de las fuerzas existentes en Veracruz.

Cuando, al regresar los enviados, el almirante Jurién oyó hablar de reembarco, propuso acabar de una vez con las conferencias y ocupar á viva fuerza los campamentos que el estado sanitario del ejército exigía. Pero sir Wyke se opuso, así como el general Prim, y se envió un nuevo mensaje á Méjico diciendo que las fuerzas aliadas se pondrían en marcha á mediados de febrero hacia Orizaba y Jalapa, donde esperaban que se les haría una acogida sinceramente amistosa.

En contestación á este mensaje, Juárez opuso algunas objeciones y estableció algunas bases para la autorización pedida, añadiendo que si los representantes extranjeros querían enviar pronto á Córdoba un comisionado para discutir con otro enviado por el gobierno mejicano, se daría la orden permitiendo que las fuerzas avanzaran á los puntos en que se conviniera. Los plenipotenciarios accedieron á lo propuesto y designaron para representarlos al general Prim, quien el 18 celebró una conferencia en la Soledad con Doblado, enviado al efecto por Juárez, habiendo quedado acordados al otro día, después de alguna discusión, los preliminares siguientes:

«*Primero.* — Supuesto que el gobierno constitucional que actualmente rige en la República Mejicana ha manifestado á los comisarios de las potencias aliadas que no necesita del auxilio que tan benévolamente han ofrecido al pueblo mejicano, pues tiene en sí mismo los elementos de fuerza y de opinión para conservarse contra cualquiera revuelta intestina, los aliados entran desde luego en el terreno de los tratados para formalizar todas las reclamaciones que tienen que hacer en nombre de sus respectivas naciones.

»*Segundo.* — Al efecto y protestando como protestan los representantes de las potencias aliadas, que nada intentan contra la independencia, soberanía é integridad del territorio de la República, se abrirán las negociaciones en Orizaba, á cuya ciudad concurrirán los tres comisarios y dos de los señores ministros del gobierno de la República, salvo el caso en que, de común acuerdo, se convenga en nombrar representantes delegados por ambas partes.

»*Tercero.* — Durante las negociaciones, las fuerzas de las potencias aliadas

ocuparán las tres poblaciones de Córdoba, Orizaba y Tehuacán, con sus radios naturales.

»*Cuarto.* — Para que ni remotamente pueda creerse que los aliados han firmado estos preliminares para procurarse el paso de las posiciones fortificadas que guarnece el ejército mejicano, se estipula que en el evento desgraciado de que se rompiesen las negociaciones, las fuerzas de los aliados desocuparán las poblaciones antedichas y volverán á colocarse en la línea que está delante de dichas fortificaciones en rumbo á Veracruz, designándose como puntos extremos principales el de Paso Ancho, en el camino de Córdoba, y Paso de Ovejas, en el de Jalapa.

»*Quinto.* — Si llegase el caso desgraciado de romperse las negociaciones y retirarse las tropas aliadas de la línea indicada en el artículo precedente, los hospitales que tuvieren los aliados quedarán bajo la salvaguardia de la nación mejicana.

»*Sexto.* — El día en que las tropas aliadas emprendan su marcha para ocupar los puntos señalados en el artículo 3.º, se enarbolará el pabellón mejicano en la ciudad de Veracruz y en el castillo de San Juan de Ulúa.»

Este convenio, que en adelante llevó el nombre del pueblo en que se celebró, mereció incontinenti la aquiescencia de los ingleses, y aunque los franceses lo aceptaron también, en realidad no fué por gusto, sino por la fuerza de las circunstancias. Por su parte el gobierno y el partido liberal mejicanos lo aplaudieron asimismo, pues con él creían conjurado el peligro en que Méjico había visto su independencia, desde el momento en que no habría intervención de las naciones europeas en su política.

El 23 de febrero Juárez ratificó el convenio, y los franceses se pusieron en marcha el 26 y los españoles el 28. Aquéllos se establecieron en Tehuacán y éstos en Orizaba y en Córdoba; en cuanto á los ingleses, continuaron en la costa al amparo de sus buques, según las órdenes terminantes que había recibido el comodoro Dunlop.

Mientras tanto habían llegado á Europa las primeras noticias del cuerpo expedicionario. La proclama de los representantes aliados fué tan censurada en Londres como en París, pero por motivos diferentes; en París pareció muy tímida, en Londres demasiado acentuada. Tampoco mereció la aprobación de los gobiernos español é inglés el ultimátum dirigido á Juárez; pero sobre todo, lo que causó mayor sorpresa fué el convenio de la Soledad. El gobierno español lo desaprobó desde luego, y dió orden á Prim de que activara las negociaciones y si el resultado no era satisfactorio obrara con prontitud; el inglés no quedó muy satisfecho, pero sancionó la conducta de su representante, diciendo que de todos los arreglos posibles aquel era el menos peligroso así como el menos perjudicial; el francés lo reprobó tan enérgicamente que hizo publicar en *Le Moniteur* del 2 de abril una nota diciendo «que desaprobaba los convenios de la Soledad por ser contrarios á la dignidad de Francia.» Además dispuso

que el vicealmirante Jurién de la Gravière quedara reducido á mandar la escuadra, confiriendo todos los poderes públicos á M. Dubois de Saligny, disposición que hubiera bastado por sí sola para marcar el ya invariable rumbo que se proponía seguir la política francesa.

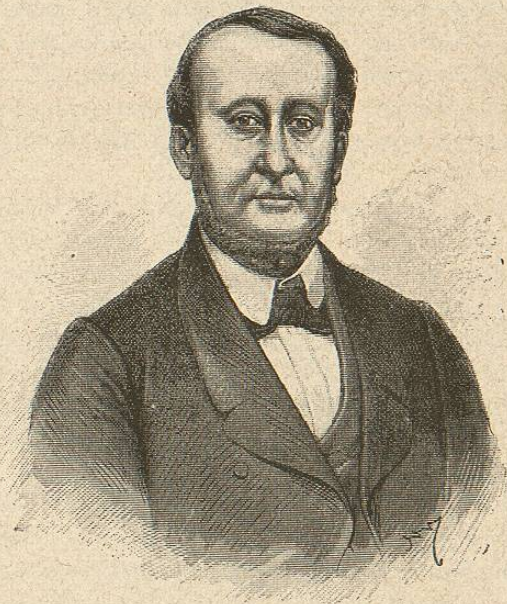
Desde principios del año 1862 Napoleón III había resuelto aumentar el efectivo de sus tropas en Méjico, á cuyo efecto mandó organizar una brigada de cuatro mil hombres á las órdenes del general Lorencez que debía embarcarse con urgencia para aquel país. Cuando los ingleses lo supieron, concibieron algunas sospechas, viendo en aquella determinación una prueba de los desig- nios que abrigaba el gobierno francés; á las objeciones hechas por lord Russell, el embajador M. Flahaut le contestó diciendo que las fuerzas francesas no de- bían ser inferiores en número á las españolas, y que si era preciso emprender una marcha hacia el interior, Francia no podía permitir que el reducido núme- ro de los combatientes diese motivo á un descalabro.

El 5 de marzo fondeó en Veracruz el *Forfait* conduciendo al general Loren- cez y á su Estado mayor; los demás buques de esta nueva expedición le siguie- ron de cerca llevando 4.474 hombres y 616 caballos. Pocos días antes había desembarcado en el mismo puerto el general emigrado mejicano D. Juan Ne- pomuceno Almonte que debía haberse embarcado en el mismo buque que Lo- rencez, pero no lo hizo por haberse demorado dos días la salida de este último. Almonte, que había sido en tiempo anterior embajador de Miramón en París y era enemigo encarnizado de Juárez, había hecho creer al emperador en los recursos extraordinarios y en la gran influencia del partido conservador que, se- gún él, tenía aspiraciones monárquicas. Influidó por estas seguridades, que es- taban en relación con sus propias ideas, Napoleón indujo á Almonte á regresar cuanto antes á su patria y á activar aquel movimiento de la opinión que, según se suponía, sería irresistible.

Almonte llegó á Veracruz acompañado de muchos mejicanos notables, y el favor de que gozaba en las Tullerías autorizaba á creer que era portador de los pensamientos más recientes del emperador. Para adivinar cuáles eran éstos, bas- taba saber que el mismo monarca había instigado á Almonte á regresar á Méjico.

Si sorprendidos se quedaron los representantes español é inglés al saber la llegada de Almonte, no fué menor la sorpresa de éste al ver que los aconteci- mientos habían seguido un rumbo muy diferente del que se figuraba, pues creía que las tropas aliadas se habían apoderado ya de la capital y que él no tendría más que ponerse en camino para ejecutar al pie de la letra las órdenes que el em- perador de los franceses le había dado. Hallábase Prim todavía en Veracruz, así como el comodoro Dunlop, y Almonte fué á verles, manifestándoles sin rodeos ni ambages que contaba con el apoyo de las tres potencias para cambiar en mo- narquía el gobierno establecido en Méjico y colocar la corona en las sienes del archiduque Maximiliano de Austria; que él pensaba que este proyecto sería bien acogido en Méjico y que acaso antes de dos meses se realizaría. A esto

contestó el general Prim que su opinión era diametralmente opuesta y que no debía contar con el apoyo de España; que Méjico, constituido en república cua- renta años hacía, debía necesariamente ser antimonárquico y no aceptaría jamás nuevas instituciones que no conocía y eran contrarias á las que había adoptado, y por último, que le pedía encarecidamente que no siguiera adelante, porque si marchaba solo, desterrado como estaba por un decreto, caminaba á su rui- na, y si lo escoltaban las tropas de alguna de las potencias aliadas, este hecho



D. Manuel Doblado, ministro de Relaciones exteriores de Méjico
firmante del Convenio de la Soledad

produciría una alarma cuyo resultado sería comprometer la buena política segui- da hasta entonces por los comisionados.

Almonte no hizo caso de estas atinadas observaciones, confiado como esta- ba en el apoyo decidido de las tropas francesas.

La llegada del general mejicano fué la manzana de la discordia, arrojada no sólo entre los franceses y sus aliados, sino entre aquellos mismos. Jurién de la Gravière estaba dispuesto á retroceder en virtud de lo pactado en el conve- nio de la Soledad, para emprender en seguida su movimiento de avance; Du- bois de Saligny sostenía que no había ya que preocuparse de tales preliminares, mientras que el general Lorencez estaba perplejo por no haber encontrado en Méjico ningún cambio de los que se le habían anunciado.

A pesar de las conferencias particulares que venían celebrando unos comi-